

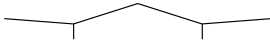
# YIYÚ FINKE

## Yiyú

Sus padres la llamaron Yiyú, que es una palabra del guaraní, y significa "agua chica, agua grande", y si bien no los dejaron anotarla con ese nombre, nunca dejaron de nombrarla así. Su apellido, Finke, significa, "pájaro que canta". Yiyú Finke es una artista de una extensa trayectoria, de esas trayectorias de años de trabajo profundo y por momentos silencioso. Oriunda de Aristóbulo del Valle, Misiones, decide estudiar la Licenciatura en Arte en la Unam, Oberà, y luego un Master en Granada, España. Desde el 2006 hasta el 2012 se muda a Buenos Aires, y posteriormente vuelve a Misiones donde elige quedarse hasta la actualidad. La mudanza a Capital Federal fue tanto para trabajar en su obra, como para acompañar a sus hijos en su etapa universitaria. Sumamente activa, no duda en tomar clases con diferentes artistas tales como: Luis Wells, Pablo Siquier, Mónica Girón, Sergio Bazán, y más. Se generó su propia academia de arte contemporáneo. Y no sólo estudia y se nutre, sino que, generosa, gestiona desde 1982, una cantidad innumerable de proyectos que involucran a otros artistas. Su taller ha sido un espacio de múltiples actividades culturales, y tan sólo son dieciséis escalones los que separan al mismo, de su bar Hormiga, donde prepara tragos y brebajes. Alquimista de colores y emociones, de sensaciones, de gustos,

me explica que el origen de los tragos alcohólicos es la búsqueda de la cura para alguna enfermedad o del apaciguamiento del dolor en otros casos. Es que hay algo de eso en Yiyú, de sanadora, de maestra, de sabia.

En el 2020, el año en que una pandemia atravesó al mundo, y tuvimos que permanecer encerrados durante un tiempo largo, Yiyú se refugió en su arte para seguir respirando. Si no se podía ir a ningún lado, si la calle era un desierto, si la cosa estaba cada vez más complicada, "entonces, teléfono, compu y tele, y me quedé a vivir en el taller, arriba del bar", y aún hoy vive allí, me comenta que casi no va a su departamento. Supo que lo mejor que podía hacer era trabajar, y trabajar, concentrarse en ese mundo maravilloso que brinda la superficie de la tela. Fiel a su personalidad, siguió compartiendo y comunicándose, así que participó de un taller virtual de pintura con el pintor Andrés Waissman, con quien también compartía el amor por la cocina, y en donde se sintió acompañada e incentivada a pintar. En una mesa pequeña del taller, hacía obras chicas, luego, iba hacia la izquierda, atravesaba una puerta, pasaba a otro cuarto donde pintaba en lienzos de gran formato y hacía esculturas. Luego participa del taller de escritura de la pintora Silvia



Gurfein, donde destaca "que fue fantástico, de una sensibilidad maravillosa, de recursos a mano, de interiorizar el trabajo". Y finalmente, el tridente se completa con una nueva amistad vía facebook: Gumier Maier, artista, curador, gestor, chamán, amigo, mago y tantas cosas más, entre ellas, un conocimiento profundo sobre las plantas, y así fue que comenzaron a intercambiar mensajes por las fotos que ambos publicaban de sus jardines. Gumier fue un gran interlocutor para Yiyú. Se sintió amada. La mirada sensible y sagaz de Gumi hizo que ella pueda ver lo magnífico en detalles en apariencia sencillos, como un tallo, una hoja, un color, un recoveco. Ya decía él en Los Avatares del arte, que "el arte, lo sagrado, se escurre de las pretensiones, adolece de fugacidad, se instala donde no se lo nombra". Yiyú lo entendió todo.

En su última serie de pinturas, los fondos son planos de color: negro, rojo, rosa, blanco. Sobre esos planos, pinceladas se deslizan suaves, sutiles, fluyen libremente por el lienzo. Recorrerlas genera un placer que cuesta poner en palabras. El ojo va y viene en ese tobogán de sentidos. Se forma una flor, un florero, un fragmento de hoja, todas excusas para que el pincel se siga deslizando y cree algo, un pétalo, tres líneas, una mancha. Yiyú

tiene la capacidad de captar ese instante mágico y feliz que se nos escurre entre los dedos, que queda en nuestras retinas, en un aroma, en un recuerdo. La vida es misteriosa, la pintura también.

En cada marca que deja la pintora sobre el cuadro, están todos los años de sus búsquedas, de trabajo, de investigación, del compartir, del hacer, del camino recorrido, de la vida vivida en cada instante, es imposible, sino, lograr semejante síntesis perfecta que emociona cuando se la ve.

Yiyú nos regala un poco de ese ritmo misionero, con el aire espeso por la humedad que conlleva a otro tiempo, uno relacionado con la contemplación, con el despertar de los sentidos, con los tonos brillantes de la naturaleza, con los sonidos de los pájaros, con la tonada dulce de quien comparte un mate amigo. En un camino amplio de tierra roja, ella nos recibe.

Gracias

Paola Vega  
Buenos Aires, Mayo de 2023